

Dios de Israel se servía para sus fines propios, de suerte que teniendo á Jehova no eran nada los otros dioses (1).

Esto explica cómo Jehova, el Dios de Israel, se eleva para siempre victorioso sobre los dioses de los paganos, justamente cuando su reino en Palestina está destruido. Transformado en entidad moral, sus adoradores le atribuyen todas las manifestaciones que del poder de otros dioses se han conocido, dejando á estos despojados de su importancia. Este desarrollo religioso es, pues, muy diferente del de las religiones politeístas que han llegado á la idea de un sér supremo. En estas religiones la idea de un único sér supremo, entre otros dioses en cuya existencia se cree y á los cuales se rinde culto, nace de las meditaciones sobre el universo, cuyos problemas no anulan la creencia en aquellos dioses, pero cuya causa y razon se desea conocer y comprender. Este deseo acaba por matar á toda esta religion, porque despoja de su poder á los dioses que venera, sin poner en su lugar otro sér al cual se pudiese aplicar el culto acostumbrado. Estos dioses se desvanecen ante la reflexion, mientras el Dios de Israel, el dios de la fe y que al mismo tiempo lo es del culto de su pueblo, anula á los demás dioses, porque se ve en él el único Dios poderoso y el único que puede y quiere ayudar y auxiliar. Esto da á la fe religiosa un vigor y una seguridad nunca conocidos hasta entonces, la religion cobra nueva vida y entra en una nueva fase de desarrollo; se transforma decididamente en monoteísta, mientras en las otras religiones á lo mas se llega á reflexiones monoteístas filosóficas y de ahí no pasan. En esto estriba la importancia histórica universal del desarrollo de la idea de Dios en el pueblo israelita, idea que no se extingue en las cavilaciones filosóficas sobre la última razon de la existencia del universo, sino que conduce á creer en una entidad espiritual suprema que dispone de los medios y tiene la voluntad de hacer el bien de la humanidad. Tambien para llegar á esta idea abrió Ezequiel el camino al adoptar la de Jehova enseñada por los profetas anteriores.

Ahora se comprende toda la trascendencia de la rebeldía tenaz de los judíos y de la consiguiente destruccion de su ciudad y de su reino; porque si se hubiesen conformado con ser vasallos de Babilonia y hubiesen conservado su nacionalidad bajo esta condicion mas allá del período babilónico, no habrían pasado seguramente del desenvolvimiento circunscrito á la ley marcada en el Deuteronomio, y la idea antigua de Jehova habría imperado siempre sobre la de los profetas. Su castigo, la expatriacion, dió la victoria á los profetas y fué causa de la transformacion de la idea de Dios en

(1) Muchos teólogos opinan que los profetas, y en todo caso los escritores del Antiguo Testamento desde Jeremías, tuvieron la conviccion de que los dioses paganos no existían en realidad. Esta opinion es efecto de no distinguir exactamente los trozos principales de los secundarios de los libros de Jeremías y del Deuteronomio, y de no hacer tampoco distincion entre las opiniones religiosas acerca del poder de aquellos dioses y las relativas á su existencia. De esta existencia no se cuidaban los profetas, sino de si podían ayudar ó no. En la cuestion sobre la antigüedad del monoteísmo del pueblo israelita, debatida entre Kuenen (*Volksreligion und Weltreligion*, Berlin, 1883, pág. 316) y Baudissin, se acerca mas á la verdad el primero, que describe con inmejorable precision la transicion de la idea de Dios de los profetas á la idea del Dios universal de los judíos. Mas el caso es que la actividad y las ideas de los profetas anteriores al destierro no tienen todavía nada que ver con esta cuestion. Jeremías opina que los dioses de otros pueblos no pueden dar ayuda, pero no niega su existencia, como se ve en el cap. 16, 13, version de los LXX. Lo que se llama monoteísmo israelita data del destierro y su primera manifestacion se encuentra, como veremos mas adelante, en Deutero-Isaías. Del convencimiento de que solo Jehova es el Dios protector, se debia llegar naturalmente al de que los dioses de los paganos no son dioses, sino seres subordinados á Dios. El conocimiento de que fuera de Jehova no hay dioses, resulta ya de la idea de Dios proclamada por los profetas, ya de los ataques de estos contra la adoracion y el culto de las imágenes de Dios.

el sentido profético. La coexistencia de la ley religiosa y de la de un solo Dios universal es una cualidad característica particular del pueblo judío y era una gran palanca para su desenvolvimiento ulterior.

Era muy natural que con la adopcion de la idea del Jehova preconizado por los profetas, ganaran nuevo crédito y respeto las profecías anteriores. Este mayor aprecio fué acrecentado por las esperanzas mesiánicas que se enlazaban con los intereses nacionales, esperanzas que podían ser consideradas como de origen divino despues que la gran catástrofe del reino habia probado que Dios mismo habia hablado por boca de los profetas, á lo menos en los sermones relativos á la justicia de Dios, á los pecados de Israel y al anuncio de la destruccion del pueblo y del reino. Las profecías falsas, que habian impedido que se creyera y hecho que se rechazara con indignacion el anuncio del castigo de Dios, estaban refutadas y enmudecieron.

Entonces acaso principiaron los judíos á escribir colecciones de predicciones de profetas, á reunir profecías de un mismo profeta en un libro, y á compilar libros pequeños de varios profetas en uno solo. Tal como hoy está, por ejemplo, el libro de Isaías, es permitido suponer que todavía despues del destierro corrieron diferentes colecciones de profecías, y quizás tambien predicciones sueltas atribuidas á este profeta. En una nota de la primera parte de esta obra hemos dicho ya que en el destierro se hicieron colecciones de las predicciones de Jeremías. Las profecías contrarias, desacreditadas por los sucesos, cayeron en olvido, pero las otras adquirieron valor de escrituras sagradas, aunque entonces todavía no en igual grado que el Deuteronomio. Del destierro datan, pues, tambien las primeras colecciones de los escritos de los profetas, de donde se puede ya inferir que entre las profecías hay algunas hechas en el destierro, y Ezequiel nos enseña claramente que tales profecías eran abundantísimas. El asunto de algunas de ellas y la experiencia adquirida en Babilonia dieron material para nuevas profecías que trataron preferentemente de la venida de un unguido (Mesías) que restauraría las glorias nacionales y haría feliz al pueblo de Israel; y cuán grande fué la aficcion á sacar pruebas de los escritos de los profetas anteriores relativas á las esperanzas mesiánicas, se advierte en Ezequiel, 38, 17, sin contar que tambien lo confirman los escritores posteriores. La ley religiosa y las profecías fueron el sostén moral de los judíos en el destierro; aquella les sirvió de guia para la vida práctica y presente, y estas fueron el faro que alumbraba el pasado y el porvenir. La ley, segun hemos visto en la primera parte, era un ensayo de educar el pueblo en las ideas de los profetas con el auxilio de una autoridad exterior, á fin de facilitar la llegada del reinado de Jehova, anunciado por los profetas, por la via mas natural, la del órden nacional y de la devocion, moralidad y religiosidad de los individuos. Esta ley ú organizacion fué, como se ha dicho, el receptáculo sólido é inflexible en el cual fueron encerradas y guardadas las ideas de los profetas. Como conjunto es esta ley una consecuencia de la idea mesiánica, á la cual se adapta tambien su contenido, y de esto resulta que la nueva idea del porvenir de Israel, nacida en el destierro, exigió tambien que las leyes de Jehova estuvieran en relacion con los nuevos puntos de vista creados por las esperanzas nacionales. Todo cuanto el pueblo esperaba del porvenir y todo cuanto se creía necesario para volver á entrar en la gracia de Jehova, así como los preceptos de la vida práctica del pueblo para que fuese agradable á Dios; todo fué redactado, tomando por ejemplo el Deuteronomio en forma de ley. Esto dió lugar á una amplificacion considerable de la ley que debia abarcar materias que no se encuentran en las colecciones antiguas. Sabiendo todo esto,

se comprende el desarrollo que recibió la ley escrita en el destierro y la influencia que ejerció sobre el pueblo judío. Facilitó el trabajo la circunstancia de que desde la destruccion del reino la mayor parte de estas leyes no eran aplicables á la vida en el destierro, donde únicamente podia exigirse á los judíos el cumplimiento de los preceptos puramente morales. Las leyes relativas al culto estaban calculadas para la tierra de Israel y no podían observarse en su mayor parte en país extranjero; y antes de volver al país de los antepasados, que seria al realizarse las esperanzas mesiánicas, habia que arreglar todavía muchas otras cosas que no estaban determinadas en el Deuteronomio.

La idea mesiánica fué, pues, el origen de una grande amplificacion que la ley recibió en el destierro. El reino de Dios que debia establecerse cuando se cumplieran las esperanzas mesiánicas exigía muchas disposiciones nuevas que debían estar preparadas á tiempo, y para su adopcion fué preciso darles la forma de leyes.

En esto tambien fué creador Ezequiel, que marca con su actividad toda una época. El fijó definitivamente con su teología la sustancia de esta amplificacion, cuya razon y relacion pone con gran claridad de manifiesto. Para él la esperanza del porvenir toma la forma de una ley revelada por Dios que arregla la situacion y modo de vivir futuros de Israel con su autoridad divina. Los sucesos de Ezequiel han ofuscado este hecho y han atribuido á Moisés, á ejemplo del Deuteronomio, el arreglo de la organizacion futura por medio de leyes, con lo cual han trasladado al pasado remoto el reinado de Dios, que no era mas que la esperanza del porvenir.

## CAPITULO V

### LA ESPERANZA MESIÁNICA DE EZEQUIEL Y SU PLAN PARA EL PORVENIR DE ISRAEL

Al estudiar las profecías de Ezequiel se manifiesta claramente la exactitud de la observacion que hicimos en la parte primera, á saber: que la esperanza mesiánica era el complemento natural y necesario de la prediccion del castigo que Dios enviaria á Israel. Ezequiel, en una parte de su libro (cap. 33-48), reunió sus profecías acerca de la restauracion de Israel y sus preceptos para la reorganizacion del reino restaurado. Estos trabajos relativos al porvenir no descansan únicamente sobre la conviccion de Ezequiel respecto de las causas y motivos de la destruccion del reino antiguo de Israel, sino que se extienden tambien á manifestar repetidas veces su conviccion de un porvenir mejor de Israel, como lo demuestra la primera parte de su libro, donde trata del anuncio de la destruccion. En los capítulos 8-11, en los cuales predica la destruccion de Jerusalem en castigo del culto que rinde á los falsos dioses, concluye (cap. 11, 17 y siguientes) con una profecía dirigida á los desterrados á Babilonia, y que abraza casi la totalidad de la esperanza del porvenir con pormenores muy característicos: «Quiero reuniros de todos los países á donde habeis sido dispersados, y quiero daros el país de Israel. Allí irán y arrojarán de allí todas las abominaciones. Yo les daré un nuevo corazón y un nuevo espíritu y les quitaré el corazón de piedra y les daré otro de carne, á fin de que observen mis preceptos, velen por mis derechos y obren segun ellos. Y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios.» En este trozo, que en el fondo promete la vuelta á la Tierra Santa, se observa la idea característica de Ezequiel: que la conversion de Israel se operará por el poder de Jehova y por razones que no se mencionan, y no por efecto del castigo. El nuevo reino de Dios no será manchado ya por ningun falso culto, é Israel, separándose absolutamente de su conducta

pasada, obedecerá voluntariamente á su Dios y cumplirá sus leyes, no por su fuerza propia, sino por gracia especial de Dios, que habrá operado el cambio en el carácter de su pueblo. Tambien resulta indirectamente de este trozo que los expatriados han de ocupar el puesto de los hierosolimitanos condenados á perecer y que á su vuelta al país han de extirpar el culto de los ídolos. Esta profecía fué dada á los expatriados del año 597, antes de la destruccion de Jerusalem; y por su contexto se observa que el falso culto no habia desaparecido con la destruccion del Estado israelita.

Tambien la profecía del cap. 16, relativa á Jerusalem, la adúltera, á la cual Ezequiel anuncia la destruccion por su idolatría, concluye con promesas mesiánicas, diciendo que cuando Dios haya ejecutado su sentencia volverá á acordarse de su antiguo pacto con su pueblo, le perdonará, perdonará á sus hermanas Sodoma, Gomorra y Samaria y hará con Israel y sus hijos un pacto eterno. Entonces conocerá y comprenderá Israel el poder de Jehova, y avergonzado de su conducta anterior no se atreverá á abrir la boca, ó sea á resistirse á Jehova. No puede expresarse mas claramente que Dios dará á su pueblo el reino mesiánico por un acto de su misericordia, sin mérito alguno del pueblo, como si la observancia futura de la ley de Dios fuese efecto de la contriccion causada por la merced divina.

De igual manera, es decir, con la perspectiva del porvenir mesiánico, concluye la profecía ominosa contra el infiel Sedecías (cap. 17), en la cual se compara el reino independiente de Israel con un cedro del Líbano plantado por Jehova en la Tierra Santa. Para fundar el reino mesiánico planta Jehova una ramita de la copa del elevado cedro en la alta montaña de Israel, á fin de que crezca, dé fruto y llegue á ser un cedro magnífico á cuya sombra vivan las aves del campo. Entonces los demás árboles conocerán que Jehova humilla el árbol alto y eleva el árbol bajo, que ha hecho secar el árbol verde y reverdecer el árbol seco. Este pasaje indica que la restauracion de Israel debe demostrar á Israel y á los paganos el poder de Jehova; y con esto queda establecido el tema que ha de servir de base á las explicaciones posteriores. Pero Ezequiel difiere en este punto de sus sucesores porque manifiesta la esperanza de la restauracion de la monarquía de David en todo su antiguo lustre (1). Posteriormente renunció Ezequiel á esta esperanza de ver restablecida la monarquía antigua, y luego veremos los motivos que para ello tuvo (2).

La descripcion detallada del porvenir mesiánico de Israel que da el capítulo 34 arranca de la doctrina de la responsabilidad individual y de la mision de los profetas de avisar al pueblo la proximidad de la catástrofe, que se exponen en el capítulo 33, del cual hemos hablado ya en el anterior de esta obra. Aludiendo á la catástrofe, dice el profeta en el capítulo 33, 13: «¡Convertíos, convertíos dejando vuestra mala vida! ¿Y por qué quereis perecer vosotros, los de la casa de Israel?» En este pasaje se nos presenta Ezequiel enteramente bajo la influencia del movimiento profético anterior, entendiendo que la condicion para que Israel alcanzara la magnificencia futura era que, contrito por los castigos que Dios le habia enviado, reconociera su culpa, se arrepentiera y enmen-

(1) Esta esperanza se encuentra expresada indirectamente tambien en el cap. 21, 31, 32; si bien este pasaje está muy mal conservado.

(2) Es interesante estudiar esta contradiccion en las profecías de Ezequiel, porque ofrece la particularidad de que este profeta no quiso modificar la profecía antigua para adaptarla al concepto moderno; lo cual hace presumir que las otras profecías anteriores á 586 habrán sido reproducidas en general fielmente. Esto, sin embargo, no quiere decir que no se haya introducido en estas profecías absolutamente ninguna modificacion para adaptarlas á las ideas modernas ó sea posteriores.

porvenir suele generalmente pasar inadvertida á pesar de ser la base de la idea de Dios del profeta. En segundo lugar hay que notar que las ideas del profeta acerca del porvenir son completamente opuestas al estado aflictivo presente y pasado de Israel, siendo este pasado causa de la situación lamentable en que el pueblo se encuentra en tiempo de Ezequiel. Finalmente, hay que advertir también que el plan de restauración está calculado para un pueblo que se supone marchando humildemente por la senda de Dios por efecto de la gran manifestación que ha hecho Dios de su poder á favor de este pueblo; que en este camino le ayuda Dios, y que este pueblo tiene ya en sus leyes los preceptos divinos que deben regir su vida. Estas leyes están reunidas en el Deuteronomio.

El Deuteronomio regula la vida moral, y en cuanto fija también las reglas que hay que observar para conservar la pureza que exige el culto, regula también la vida material. Prohíbe todo falso culto, con lo cual quita el pecado principal de las generaciones pasadas. En materia de culto se encontraban omisiones en el Deuteronomio, y por falso culto ya no se entendía solamente el de los dioses extranjeros, sino también el de los sitios elevados dedicado á Jehová. Este culto iba unido estrechamente á una gran multitud de costumbres y usos nacionales antiguos; pero habiéndose experimentado ya de una manera tan terrible la ira de Jehová, era menester quitar solícitamente de la vida pública y privada lo que podía excitar otra vez su indignación después que había vuelto á morar en medio de su pueblo.

Estaba admitido que lo que más excitaba la ira de Dios era la profanación, y sobre todo la de las cosas sagradas. Así, para Ezequiel, la misión principal del sacerdote, como hemos expuesto en la parte primera, consistía en enseñar al pueblo las diferencias entre puro é impuro, entre sagrado y profano. La escrupulosidad de los judíos, aguzada por los desastres nacionales, encontró en el destierro reprobables muchas cosas que antes del destierro no habían chocado á nadie por ser consideradas como muy naturales y estar generalizadas desde el origen. Entre estas cosas figuraban principalmente los contactos de cosas santas y puras con profanas é impuras, que en adelante fueron tenidos por ofensas á Jehová y profanaciones del país de Jehová, que como propiedad y morada de Dios era también santo: «¡Hijo del hombre! Cuando la casa de Israel vivió en mi país lo profanaron sus hijos con su vida y con sus actos; su conducta era para mí como la impureza del ménstruo. Por esto derramé sobre ellos mi furor, por la sangre que habían derramado (1) en el país, y porque habían manchado el país con sus ídolos (2).» Así lo había dicho Jehová á Ezequiel (36, 17 y siguientes). Por eso, toda vez que el nuevo pueblo de Israel al volver á su país había sido librado por merced divina de todas sus impurezas y manchas, era preciso quitar solícitamente toda causa que pudiera en adelante volver á manchar el pueblo. La presencia de Jehová en medio de su pueblo era por un lado una garantía para éste de la protección divina contra sus enemigos, pero por otro lado le imponía una terrible responsabilidad para no llamar sobre sí la ira aniquiladora de Dios. Era de absoluta necesidad evitar todo lo que pudiese manchar la morada, el país y el pueblo de Jehová, pues que son igualmente propiedad divina, y por lo mismo sagrados. La comunicación con objetos impuros es para los individuos inevitable, porque viven y mueren entre ellos y en contacto con los que viven y mueren también impuros; pero es forzoso reducir y anular en adelante aun estas impurezas inevi-

(1) Sacrificando sus hijos á las imágenes de Jehová en los sitios elevados y debajo de árboles.

(2) Es la repetición de la frase anterior.

tables, porque solo así era posible que Jehová continuara viviendo en el país protegiendo á su pueblo y que éste no sufriera sus explosiones de ira. Era necesario eliminar de las costumbres y género de vida todo cuanto podía dar lugar á contactos entre las cosas sagradas y las profanas ó manchar lo que era puro y vice-versa; debía fijarse y adoptarse escrupulosamente todo cuanto fuera conducente á recuperar la santidad perdida; y á fin de asegurar la observancia estricta de estos preceptos positivos y negativos era indispensable dar á todo el orden nuevo el carácter de ley de Dios é incorporarlo á las leyes existentes. Así es que Jehová, al anunciar á su pueblo su restablecimiento en su patria por boca de Ezequiel, le comunica por el mismo órgano su nuevo orden de vida para evitar las faltas contra la santidad divina y contra la del país, y le da en el arreglo nuevo del culto un instituto destinado á asegurar el carácter sagrado de Israel y la protección y benevolencia de Jehová, que puede, por lo mismo, vivir sin irritarse en su templo. Estos preceptos del nuevo arreglo del culto y de la vida civil del pueblo, como revelados por Dios á Ezequiel, vienen á ser una parte de la ley que Dios ha dado al hombre para que viva y prospere. Esta parte de los escritos de Ezequiel indica más claramente que ninguna otra que Ezequiel, á pesar de su afán por el culto y su arreglo, estaba dominado por las ideas proféticas; y él contribuyó indudablemente á que entrara en el judaísmo una gran corriente de ideas y usos religiosos antiguos y anteriores al período de los profetas, si bien sometidos al pensamiento profético de que Israel para cobrar vida debía cumplir la voluntad de Dios.

Esta mezcla era históricamente necesaria. Las ideas de los profetas en punto á religión y costumbres, solo podían triunfar de las ideas antiguas no rechazándolas en absoluto sino tomando de ellas lo que en concepto religioso conservaba todavía vitalidad, ya que en este mundo jamás se ha superpuesto una idea á otra, sin incorporarse ideas de la que ha de quedar reemplazada. La importancia del judaísmo posterior al destierro y anterior al cristianismo consiste en haber preparado la disolución de este enlace, que se realizó en el cristianismo.

El resultado de sus meditaciones sobre las disposiciones del templo y el orden que debe regir en el nuevo reino para evitar toda impureza que pudiera provocar nuevamente la ira de Dios, se ofreció á Ezequiel en otra visión. El primer día del 25.º año del destierro, el 14.º año de la destrucción de Jerusalén, ó como él mismo añade, el 10.º día del mes (3), es decir, en el año 572 antes de nuestra era, vióse el profeta en su éxtasis trasladado á la montaña santa, donde contempló un edificio que parecía una ciudad. Era el templo nuevo. A la puerta del Este sale á su encuentro un ángel con una vara de medir y una cuerda de hilo, y le manda parar atención á todo lo que le comunique, porque para esto había sido llevado allí. Entonces empieza el ángel á medir todas las dimensiones de los edificios, que Ezequiel describe, según las explicaciones del ángel, minuciosamente. El ángel empieza por el templo, porque dependiendo la vuelta de Israel de la de Jehová á su antigua morada, la cual no ha de ser ya profanada en adelante, claro es que había de empezarse por el templo, que espiritual y materialmente debía ser colocado en el centro del pueblo de Israel, y de él debía arrancar la

(3) Del 7.º mes del año babilónico, según el cual contaban desde su expatriación, pero como el día del año nuevo era una fiesta religiosa importante de los judíos, lo celebraban en el día en que caía según su calendario de Palestina; por esto caía en medio de un mes babilónico. El código sacerdotal trasladó el día del año nuevo del 10.º día del 7.º mes, en que cae también, según el Lev., 25, 9, al 1.º día del 7.º mes (Lev., 23, 24).

descripción de todo lo demás. En el templo, que al parecer acababa de ser construido, no estaba todavía Jehová; su descripción se encuentra en los capítulos 40-42. Después de haber sido tomadas todas las dimensiones, verifica Jehová su solemne entrada por la puerta del Este y manda al profeta comunicar al pueblo de Israel todo lo que ha visto. Siguen las dimensiones del nuevo altar que hay que construir y las disposiciones de Jehová relativas á su consagración. A esta instrucción siguen los preceptos tocante al príncipe, al personal empleado en el culto y sus derechos (cap. 44); vienen después las disposiciones relativas al territorio perteneciente al templo; la reconstitución política del pueblo y la organización del culto (capítulos 45 y 46), y forma el final una descripción del estado y de la repartición del país en el tiempo mesiánico (cap. 47 y 48). En estos últimos pasajes de la descripción parte el profeta también del templo, porque un ángel le conduce al interior del santuario y le enseña todos sus pormenores, explicándole de paso los actos de la vida que se relacionan con cada uno, y de la imagen del templo nuevo deriva las de la nueva Jerusalén, del Israel nuevo y del país nuevo, y del nuevo Canaán.

Aquí no seguiremos este orden á pesar de su importancia para la comprensión de las ideas de Ezequiel, pero probaremos á desarrollar los detalles que ocupan la imaginación de Ezequiel, tomando por base sus convicciones religiosas y su criterio teológico. El orden que sigue Ezequiel en su descripción no deja de tener por esto su importancia, porque indica claramente que la base y fundamento de toda su esperanza del porvenir es la vuelta de Jehová á Jerusalén, únicamente por el nombre de Jehová, y por esto concluye su descripción del porvenir de Israel y su libro con estas palabras: «Y desde aquel instante se llamará la ciudad: *Allí está Jehová*.» 48, 35.

Si la vida toda del nuevo Israel había de estar organizada con el objeto capital de evitar hasta donde fuera posible todo contacto entre lo puro y lo impuro, entre lo santo y lo profano para no excitar la ira de Jehová, no bastaban las disposiciones antiguas que regían en el templo de Salomón. Eran indispensables modificaciones profundas respecto del lugar de los actos de culto como de las personas que intervinieran en él, y además nuevas disposiciones respecto de la entrada del pueblo en el santuario.

En la Jerusalén antigua formaba el templo parte del palacio real, que tenía tres plazas ó patios. El templo estaba en la plaza extrema del lado Norte cerrada por una muralla á la cual estaban adosados en todos los costados pórticos, en los cuales se reunía la multitud para comer allí alegremente la parte que á cada cual correspondía de las ofrendas de los que habían ido á hacer algún sacrificio á Jehová. Las reuniones de tanta gente, una parte de la cual mataba y lavaba los animales destinados al sacrificio, y la otra oraba y cantaba himnos, habían sido reprobadas como indignas de la santidad del lugar por los profetas, cuyas amonestaciones y sermones pronunciados en aquella plaza y ante aquella alegre multitud habían sido recibidos por ella no pocas veces con burlas é incredulidad insultante. Allí también habitaban los sacerdotes (1) y los empleados del santuario con sus familias; allí magnates y plebe habían invocado, hasta en tiempo de Ezequiel, á dioses extranjeros á favor del reino de Israel y á favor de particulares, y allí habían tenido sus viviendas las hieródulas, haciendo gala de su lascivia venal. Con indignación debía acordarse Ezequiel de aquel bullicio profano é impuro en el sitio habitado por Jehová, y que por el lado Sur tocaba directamente con la morada de los reyes de Judá. Allí estaban las salas en las cuales los reyes tantas veces

(1) Conforme se lee en la historia del rey Joas.

habían faltado á la justicia, donde habían derrochado los tributos y contribuciones exprimidas injustamente del esquilado pueblo. Esta era la famosa Sion, construida por tantos reyes con sangre. Lo más abominable para un hombre como Ezequiel era que los reyes, después de estar ya lleno el panteón real, habían construido uno nuevo inmediato á la morada de los vivos, en el jardín de Oza, junto al palacio al Sur del templo, pues que antiguamente todos los pueblos de la tierra solían enterrar sus muertos cerca de las moradas de los vivos. «¡Hijo del hombre! El sitio de mi trono, el sitio que pisan mis pies, donde quiero habitar para siempre en medio de los hijos de Israel, ellos y sus reyes no han de manchar ya más mi santo nombre con sus prostituciones ni con los cadáveres de sus reyes, colocando su umbral al lado del mío ni sus jambas al lado de las mías, quedando solo una pared entre mí y ellos. Con sus abominaciones han profanado mi santo nombre y yo los he aniquilado en mi ira. Que alejen ahora de mí sus prostituciones y los cadáveres de sus reyes y viviré para siempre en medio de ellos;» (43, 7 y siguientes).

Tocando el palacio y el templo por los lados Sur y Oeste directamente á la ciudad, había existido también el contacto inevitable con la vida profana de la población; y para evitar este contacto en lo venidero, Ezequiel, destinando para el nuevo templo exactamente el mismo sitio que había ocupado el antiguo, imaginó quitar de su proximidad el castillo con el palacio, y alejar la ciudad hácia el Sur, dejando entre ella y el templo un terreno sagrado para las viviendas de los sacerdotes, é igual espacio debía quedar libre por los demás lados del templo. Este terreno tomaba Ezequiel en su proyecto de la Tierra Santa á título de primicia para Jehová, de la misma manera que pertenecían á él las primicias de todos los productos. El terreno tenía, según el plan de Ezequiel, una longitud de 25,000 varas (2) (13,125 metros) y una anchura de 20,000 varas (10,000 metros), es decir, una superficie de 13,780 hectáreas. Partiendo este territorio por la mitad en el sentido de la anchura resultan dos mitades rectangulares de 6,890 hectáreas cada una. En el centro del rectángulo más meridional se entiende situado el templo, y al Sur de este terreno empieza el de la ciudad, que mide también 25,000 varas de largo, pero solamente 5,000 de ancho, ó sean 3,445 hectáreas. El terreno alrededor del que ocupa el templo se destina á los descendientes de Sadoc. Este terreno comprende los sitios del monte Olivete y del valle de Hinnom, donde los ídólatras habían celebrado sus cultos. Los descendientes de las demás familias sacerdotales reciben el rectángulo al Norte del templo, que de esta manera queda separado y protegido contra todo contacto profano. Un camino de 2,625 metros de extensión conduce desde el templo á las tres puertas del lado Norte de la ciudad, que por aquel lado toca al territorio sagrado, porque si bien el territorio de Jerusalén es,

(2) El mapa de la Palestina occidental, edición especial para ilustrar el Antiguo Testamento, por Trelawny Saunders, Londres, 1882, da una idea completamente falsa del proyecto de Ezequiel porque parte del supuesto erróneo de que las varas son las del ángel, que se sirvió de una tira ó listón de 6 varas, y en lugar de tomar por punto de partida el templo, toma la ciudad, y no ve que coloca el nuevo templo en la Samaria, porque empieza á medir el terreno sacerdotal desde el extremo Norte del terreno de los levitas. Es ocioso refutar estos últimos errores y respecto de las varas hay que convenir en que en el cap. 45, 1 y siguientes y 48, 9 y siguientes, no se nombra la vara en las dimensiones, pero tampoco se nombra otra medida en el texto, ni tampoco antes ni después, y por otra parte no hay que suponer á Ezequiel tan corto de talento que diera á la primicia territorial una extensión que ni siquiera cabía en el lado occidental del Jordán, sin contar que mucho menos quedaba terreno para el que el mismo proyecto destinaba al príncipe. En los cálculos y planos siguientes se ha tomado por medida la vara de Ezequiel, igual á la vara real egipcia, igual á 0'525 metro.

daria. Este concepto, que Ezequiel repite en el cap. 33, fué, no obstante, abandonado por este profeta, porque vio que no se realizaba ó si se realizaba fué de una manera insignificante la esperanza de los profetas antiguos de que la destrucción del reino de Israel, anunciada como castigo de los pecados del pueblo, ejercería con sus horrores un efecto purificador. Si bien el pueblo admitía lo que decían los profetas y comprendía la necesidad de arrepentirse y de hacer penitencia, le faltaba aptitud y fuerza para renunciar á los usos y costumbres de sus mayores, cuyas prácticas constituían, en opinión de los profetas, el delito de Israel. Contados debieron de ser los desterrados que interiormente estuviesen plenamente convencidos de lo que predicaban los profetas; y la masa del pueblo se sometió á la miseria que le habia tocado, faltando mucho para que adoptara voluntariamente la conducta religiosa que los profetas recomendaban. Para esto era preciso una larga educación y una práctica constante; y la experiencia enseñó á los propagadores de las ideas de los profetas que estos habian desconocido las leyes del desarrollo humano al creer, en su afán optimista, que el pueblo de Israel cambiaría repentinamente sus ideas y usos religiosos. A esta esperanza se debía renunciar; pero si Israel no tenia la fuerza y energía propias para alcanzar su salvación y el porvenir glorioso que le anunciaban sus maestros, no habia por esto que renunciar á la esperanza de un porvenir mejor. No esperó tampoco Ezequiel, á pesar de la obstinación de su pueblo en no arrepentirse ni hacer penitencia, porque estaba convencido de que Jehova por su esencia no podia menos de compadecerse de su pueblo y de restablecerlo en su país; solo que el profeta atribuye este restablecimiento al deseo de Jehova de dar prueba de su gran poder; por esto, para enseñar á los paganos su poder superior y no porque Israel lo hubiese merecido, quiere restablecer á su pueblo y concederle el porvenir prometido. Desde este punto de vista (capítulo 17, 24) miró Ezequiel la restauración, pero solo mas adelante (cap. 36, 16 y siguientes, y cap. 38) expone y desarrolla sus reflexiones sobre la necesidad de esta demostración del poder de Jehova, despues de haber expuesto en el capítulo 34 todos los bienes mesiánicos que Dios ha destinado á su pueblo, y despues de haber explicado la manera en que debe realizarse la esperanza mesiánica.

En este último capítulo empieza á citar los pecados del pasado que forman el fondo aflictivo del cual se destaca radiante la promesa consoladora. Empieza su discurso con un sermón contra los pastores de la grey de Jehova que no han cuidado de ella y la han hecho servir á sus fines egoístas; pero Jehova quiere amparar otra vez á su pueblo maltratado y casi perdido, y así como el pastor vuelve á reunir su rebaño dispersado, del mismo modo Jehova quiere volver á reunir su pueblo, arrancándolo de manos de los pastores malos, y apacentarlo en las montañas y valles de Canaan; quiere buscar las ovejas perdidas y extraviadas y curar las enfermas. Interpondrá su justicia entre las ovejas y los carneros que las arrojan de los buenos pastos y del abrevadero, es decir, que introducirá un nuevo orden de cosas dentro del cual el pueblo no será ya explotado, esquilado y arruinado por los reyes y sus empleados.

Tambien habian esperado todos los profetas antiguos que este cáncer de la monarquía israelita no existiría en el nuevo reinado, pero Ezequiel fué mucho mas lejos, porque quiere sustituir á la antigua monarquía histórica otra organización del Estado israelita enteramente nueva, si bien es permitido dudar que le condujese á esta idea el conocimiento de una relación entre la institución monárquica y ciertos defectos nacionales; otros motivos que exponemos al hablar de la reorganización del culto segun el plan de Ezequiel, guiaron

sin duda á este profeta en su idea de reorganización. Es digno de notarse entretanto la libertad con que prescinde de la historia pasada y con que trata de modificar la constitución de su pueblo para adaptarla al ideal que se habia formado. Sus sucesores usaron de esta libertad mas osadamente todavía.

A la cabeza del pueblo de Israel, en el nuevo reino, estará naturalmente la casa de David, pues que David fundó el Estado político israelita, asegurando con la conquista de Sion el desarrollo religioso de su pueblo y suscitando con su creación política la esperanza mesiánica. A la casa de David corresponderá la misión de apacentar y reunir bajo su cayado todo el rebaño de Israel á la manera que Dios desea, como profetiza Ezequiel (34, 23). «Pondré para apacentarlo (mi rebaño) un pastor, mi servidor David; él lo apacentará y será su pastor.» Pero no se restituirá á esta familia la corona real, porque el profeta continua: «Yo, Jehova, seré su Dios, y mi servidor David será en el rebaño el principal (*nasi*, director, jefe, príncipe).» Ya veremos que esta dignidad que Ezequiel reserva á la familia de David era muy poco, comparada con las atribuciones de los antiguos reyes de Israel y Judá. En este punto se descubre claramente la transición del israelismo al judaísmo preparada por Ezequiel. El pueblo judío procedente del destierro no habia cesado de esperar la venida de un rey mesiánico, aunque sin hacer ningun preparativo político ni eclesiástico material y mundano para recibirle, y no habrian sido pocos los disgustos y compromisos que su aparición ó llegada hubiese causado al pueblo judío si realmente hubiese venido este rey terrenal. Sin embargo, los judíos anteriores al destierro no habrian podido ni siquiera imaginar un reino sin rey corporal.

Bajo la protección de sus príncipes de la familia de David, decía el profeta, vivirá Israel en la paz mas profunda y gozará de su país, dotado por la voluntad de Dios de una feracidad sin ejemplo. No entra, sin embargo, Ezequiel en pormenores respecto de la manera en que debe realizarse esta transformación de la suerte de Israel, y solo hace decir á Jehova: «Vivirán en su país seguros y conocerán que soy Jehova cuando rompa las barras de su yugo y les libre de las manos de los que los tienen en la esclavitud. Y no continuarán siendo presa de los gentiles, y las fieras del país no los devorarán. Vivirán en paz y nadie los espantará.»

No era prudente ni necesario extenderse sobre la caída de la dominación de los paganos sobre Israel, porque tal anuncio no podia dar sino malos resultados. En su lugar Ezequiel trata detenidamente de los obstáculos que despues de haber sido derribado el dominio pagano podrian oponerse á la realización de la esperanza del porvenir, obstáculos que solo podria vencer el poder de Jehova. Israel debe recibir su país como donativo de Dios, lo cual es tambien para Ezequiel la condición primera para que pueda renovarse la antigua relación entre Jehova é Israel. Para él Israel y Canaan son tan inseparables como Canaan y Jehova, Israel y Jehova. En Canaan han de habitar Jehova é Israel, pues que solo así se justifica y regula la relación que existe entre los dos. Pero en aquel momento el país de Israel se encontraba en parte en manos extranjeras, porque segun hemos visto en la parte primera, los edomitas habian ocupado territorios judíos, y por esto Ezequiel, en el cap. 35, 1, hasta el 36, 15, á la profecía de que las montañas de Israel serán arrebatadas á los paganos y ocupadas por una numerosa población israelita, antepone otra profecía contra las montañas de Edom, que quedarán desiertas porque sus habitantes han pecado contra Jehova, apropiándose territorio suyo: «Porque has dicho: Serán míos los dos pueblos y los dos países y tomaré posesión de ellos, aunque habite allí Jehova; por eso, dice Jehova,

obraré contigo, tan cierto como yo vivo, conforme á mi odio, y te haré saber, juzgándote, que yo soy Jehova (cap. 35, 10 y siguientes).» Dicho esto, explica Ezequiel (cap. 36, 16 y siguientes) por qué Jehova restaura á Israel, no obstante haber destruido su reino y enviado su pueblo al destierro. No lo hace por amor á Israel, sino por amor propio, para restablecer ante los paganos su honra mancillada con la destrucción del reino de Israel. Habia dispersado á Israel entre los paganos porque este pueblo habia profanado el país de Jehova con sus pecados contra la moral y el culto, y habiendo pasado los israelitas á los países de los paganos, habian profanado (desacreditado) allí el nombre de Jehova y dado motivo para que los paganos dijeran: «Este es el pueblo de Jehova, que tuvo que salir del país de Jehova.» Es decir, que los paganos acusaron á Jehova de no haber podido proteger en su propio país á sus adoradores. «Entonces lo sentí por mi santo nombre, profanado por la casa de Israel entre los paganos donde se hallaba. Por esto, dí tú á la casa de Israel: Así dice el Señor Jehova: No lo hago por tí, Israel, sino por mi santo nombre, que vosotros habeis profanado entre los paganos adonde habeis ido á parar. Quiero santificar mi gran nombre, profanado por vosotros entre los paganos, y los paganos sabrán que yo soy Jehova cuando me muestre en vosotros ante ellos santo.»

Se ve, pues, que la restauración del reino de Israel ha de servir al mismo objeto que su destrucción, pues que Jerusalem cayó para que Israel conociese la santidad y el poder de Jehova, y solo para que los paganos no atribuyan esta catástrofe á su impotencia, Jehova restablece al pueblo de Israel en su país, lo purifica, le da un corazón nuevo, hace que en adelante siga sus preceptos, le auxilia en todas sus necesidades y le obliga con estos beneficios á que se avergüence de sus pecados. «Entonces cuando estén reconstruidas las ciudades arrasadas y el país ostente como el jardín del paraíso su feracidad, los paganos que hayan quedado á su alrededor reconocerán que yo, Jehova, he reedificado lo destruido, que he replantado lo devastado, que yo, Jehova, lo he dicho y hecho.» Con esto quedaba desvanecido el argumento de que Jerusalem habia sido destruida porque Jehova no habia podido socorrerla, demostrándose que habia sido el mismo Jehova quien habia decretado este castigo. Su honor quedaba restablecido entre los paganos, y por esto Jehova perdona á Israel sus pecados antiguos sin que Israel se haya convertido á nueva vida, y por esto Jehova facilita á su pueblo por un acto de su misericordia los medios de continuar en adelante en el buen camino.

Este trozo es importantísimo para juzgar á Ezequiel, porque demuestra lo mucho que entonces ya meditó sobre la manera de realizar la esperanza mesiánica, lo que veremos todavía mejor mas adelante. Ya no es solo la fe en la justicia de Jehova y en su amor al pueblo de Israel la que anima á Ezequiel y animaba á los antiguos profetas para pronosticar con certeza indudable por una parte la ruina y por otra la salvación de Israel, sino que á fuerza de meditar sobre la naturaleza de Dios, sobre sus obras y los resultados que han producido y producirán en Israel y en los paganos, adquiere Ezequiel datos nuevos respecto del modo y de los motivos de la realización del suceso futuro que es ya un artículo de fe.

Quedaba, sin embargo, todavía la gravísima duda de si Jehova podria arrebatarse su país á los paganos, y adónde iria á buscar al pueblo de Israel para restituirle su país; porque gran parte del pueblo habia perecido; el pueblo como tal ya no existia; estaba disperso, y aunque se juntasen sus restos, no podian reconstituir el conjunto de antes. Lo que habia quedado en Babilonia del pueblo se podia comparar con los

huesos que habian quedado de un cadáver. Si, pues, Jehova queria restaurar á Israel por el honor de su nombre, era preciso que volviera á crear la nación; y ¿cómo podria hacer esto? ó para continuar la figura de los huesos del cadáver, ¿cómo podria revestir estos huesos secos de tendones y carne y darles vida? A estas dudas contestaba el pueblo con esta exclamación, que se habia hecho proverbial: «Nuestros huesos se han secado, nuestra esperanza se ha desvanecido, todo se acabó para nosotros;» pero el profeta replica, lleno de fe en el poder de Jehova, con la visión que refiere en el capítulo 37, 1-14. En su éxtasis vióse trasladado al centro de un valle situado cerca del lugar donde vivía y todo cubierto de huesos secos. A la pregunta de Jehova si era posible volver á la vida aquellos huesos, contesta el profeta humilde: «Señor, tú lo sabes,» y entonces Jehova le manda anunciar á los huesos que Jehova los cubrirá de carne y de tendones y les dará aliento y vida, á fin de que vivan y conozcan el poder de Jehova. Apenas ha pronunciado Ezequiel la profecía, los huesos se juntan en medio de grandísimo ruido y recobran vida. Estos huesos son la casa de Israel, á la cual Jehova vuelve á la vida.

Si toda la casa de Israel ha de resucitar, es ante todo necesario que no se repita la antigua y funesta escisión entre Efraim y Judá, y esta es la razón por que el profeta, en los v. 15 y siguientes del cap. 37, hace seguir á la visión de la resurrección de los huesos, la profecía de la reunión de las tribus del reino del Norte con las del reino del Sur en un solo Estado bajo el gobierno de los descendientes de David y bajo la protección de Jehova, que vuelve á habitar la Tierra Santa. El profeta destina el mando otra vez á la familia de David para no dar lugar á dos reinos, como existieron en tiempos pasados por resultado de la desunión del pueblo de Israel. Por lo que ya se ha dicho puede comprenderse la manera de ser de la nueva monarquía única. Desde Ezequiel y al parecer ya desde Jeremías (1) formaba parte de la esperanza mesiánica la de la reunión de todas las tribus de Israel bajo el gobierno del Mesías (2). Conforme á esta idea juzga Ezequiel mas decididamente que Jeremías la catástrofe del reino del Norte en el año 722, á la manera de la que cayó sobre Judá, mirando tambien la de Israel como un destierro de las tribus del reino del Norte. Esta manera de considerar la suerte de las tribus del Norte se generalizó y ha impedido hasta hoy la inteligencia acertada de los sucesos del año 722.

A esta descripción de la manera de facilitar la llegada de la felicidad mesiánica, junta Ezequiel en los capítulos 38 y 39 una descripción del triunfo final de Jehova sobre el mundo pagano, triunfo destinado á afirmar para siempre y á poner fuera de toda duda el honor del nombre de Jehova. Despues de esta parte de sus profecías viene, en los capítulos 40 al 48, la exposición de la nueva organización del pueblo de Israel, comunicada por Jehova á Ezequiel.

Empezaremos por exponer el plan de reorganización del pueblo de Israel, revelado por Dios á su profeta, y dejaremos para despues la explicación del triunfo final de Jehova, ya que este triunfo no se ha de realizar sino despues que el nuevo Israel haya vivido cierto tiempo en la Tierra Santa bajo la protección de su Dios.

Para comprender este plan hay que tener presente que el restablecimiento del pueblo de Israel en la Tierra Santa supone la vuelta de Jehova á Sion para vivir en medio de su pueblo. Esta condición de la esperanza de Ezequiel en el

(1) Jeremías, 3, 11 y siguientes, 13, 11.

(2) Isaías, 11, 13; Oseas, 2, 2, 3, 5. Miqueas, 2, 12 y 5, 2, son mas modernos que Ezequiel, del cual depende Oseas, 3, 5. Amós, 9, 11 y 12, y Jeremías, 3, 11, son mas antiguos.